

Donde á solas el médico se mete,
 Donde tal vez encierra su tesoro
 Y ante un altar y crucifijo de oro
 Arde una luz que aroma el gabinete,
 Rosa por él resuelta se adelanta;
 Mas en el misterioso y solitario
 Camarin al fijar su osada planta,
 Aquel lúgubre aspecto de santuario
 Que le dá de Jesús la imágen santa
 Que sobre el ara del altar bendito
 En frente de la puerta se levanta,
 En su febril ecsaltacion la espanta
 Y en su terror fantástico dió un grito.
 Don Carlos y el baron, que á él acudieron,
 Pálida de terror allí la hallaron,
 Y cuando á Rosa su valor volvieron
 Y el camarin estraño registraron,
 Al que buscaban con afan no vieron,
 Mas esta carta del doctor hallaron.

II.

DESPEDIDA DEL DOCTOR.

“ Rosa, mas que hija para mí querida,
 Mi mansion en Europa está acabada:
 Mi mision á tu lado está cumplida,
 Pues te deajo feliz, rica y casada;
 Mas el punto al llegar de mi partida,
 No ha de poder mi voz atribulada
 En el hondo pesar de mi alma tierna

Darte un ¡adios! de despedida eterna.
 Carlos, yo te he mirado desde niño
 Con un sincero y paternal cariño.
 Solo yo comprendí desde tu infancia
 Y aprecié en su valor tus sentimientos:
 Yo supe con política y constancia
 Conducir á buen cabo mis intentos
 Sobre tí, y logré hacer campo mas vasto
 Dar á tu educacion, á tus pasiones
 Pronta esperiencia, á tu alma mejor pasto
 De los que en sus oscuros torreones
 Te diera de tu padre la arrogancia,
 Basada solo en la nobleza rancia
 Y el vacío esplendor de sus blasones.
 Porque yo al fin con pertinacia artera
 Trabajando mi plan, le obligué á enviarte
 Jóven á visitar tierra extranjera,
 Dó entre el bullicio del sangriento Marte,
 Supiste hacerte profesor de un arte
 Que, en cualquier tiempo y en país cualquiera,
 Podría en vida independecia darte
 Y gloria entre la gente venidera.
 Yo te hé seguido por la inquieta Gália
 Y la clásica Italia
 Con paternal solicitud: mi mano
 Iba dando dó quier á tu destino
 Proteccion invisible, y veces hartas
 Debiste el encontrar en tu camino
 Oro, favor y amigos á mis cartas;
 Hasta que digno hallándote de Rosa

Te la di satisfecho por esposa.
 Mas no miento hoy el bien que ayer te hice
 Para que de él me estés agradecido,
 Ni porque tú no le hayas merecido:
 Pues yo propio con él me satisfice.
 Lleva en sí mismo el bien su recompensa
 En el placer de hacerle, y solo el nécio
 Que es necesario que le muestren piensa
 Por el bien que hace inestinguible aprecio;
 Lo he mentado no mas para probarte
 Que, desde tu niñez, al par de Rosa
 No he cesado como hijo de mirarte
 En el fondo de mi alma cariñosa.
 El velar por los dos se hizo costumbre
 En mí, esta ocupacion llenó mi vida:
 No me atrevo á arrostrar la pesadumbre
 De anunciaros yo mismo mi partida,
 Y por eso escribíroslo prefiero.
 Léed: lo que al partir que sepais quiero,
 Mucho mas fácil ha de ser en suma
 A vosotros oír y á mí deciros
 Con las inertes cifras de la pluma,
 Que con la voz ahogada entre suspiros.

Veinte y tres años há que encomendados
 Me fueron Nasarina, Sensitiva
 Y los montones de oro atesorados
 Por el rey Idalkan; como no es viva
 La reina y ya es casada la princesa,
 Aquí mi encargo y mi tutela cesa:

Sin esperar á que él me las exija,
 Las cuentas de su hacienda me interesa
 Presentar al marido de mi hija.
 He sido su tutor: este es el giro
 De los negocios: esta mi conciencia;
 Yo de vuestros negocios me retiro:
 No mireis á la forma de mi ausencia,
 Yo así al obrar á mi conciencia miro.
 Yo que pasé por todos los estados,
 Sé lo que en todos los estados pasa:
 Quiero que vivais solos: los casados
 Quieren la independencia de su casa.

En el primer cajon de mi bufete
 Están todas las llaves de las cajas
 Y armarios de mi oculto gabinete,
 Donde hallareis completas las alhajas
 De Idalkan y su esposa. En un secreto,
 Cuyo modo de abrir os dejo escrito
 De mi pupitre en el cajon chiquito,
 Y abierto en el altar con tal objeto,
 Encontrareis los títulos legales
 Que por dueños os dan de posesiones,
 Y acreditan por vuestros capitales
 Impuestos sobre casas y en naciones
 Distintas: con sus créditos y vales
 Mi exactitud os deja previsora
 Las cuentas de sus réditos anuales,
 Que administré hasta hoy. Obrad ahora
 Como querais; mudad de imposiciones:

Retirad ó dejad vuestros caudales
 En las manos que están, que son leales.
 Si quereis realizar, teneis millones;
 Pues todos vuestros fondos están prestos
 Y los banqueros á entregar dispuestos.

Yo parto. Está resuelto. Dios derrame
 Sobre vosotros el placer sin tasa.
 ¡Adios! Mas permitidme que os reclame
 Un favor al partir. En vuestra casa
 Dad un asilo á Inés, su vida escasa
 Hasta que corte Dios y á sí la llame.
 Rosa, Inés es la esclava que dió aviso
 A tu padre Idalkan, que de un veneno
 Iba cada manjar de Nezim lleno,
 Cuando con él bajo su tienda quiso
 Ir á cenar de su traicion ageno.
 Yo la compré despues á fuerza de oro
 Y la dí libertad: agradecida
 A tu servicio consagró su vida,
 Y te amó y te veló como una madre
 El casto sueño de tu edad temprana.
 Dála tú estimacion: dála decoro
 En tu casa, y el oro que la dejo
 Deja que emplée cual mejor la cuadre.
 Fia en ella, sin miedo á un mal consejo:
 Un alma tiene de virtud tesoro
 Y un grande corazon; nació Romana,
 Fué robada en las costas de Sicilia,
 Y hoy, que ya no la tiene, en tu familia

Quiero que la recibas como hermana:
 Pues si conmigo donde voy viniera,
 Por ir conmigo deshonrada fuera
 Por la social murmuracion villana.

Otra súplica aún. Contar la historia
 De Rosa, fuera hacer una imprudencia,
 De su estirpe una inútil vanagloria.
 Al casarse empezó nueva existencia,
 Y á la mujer la basta el apellido
 La fama, los recuerdos y la gloria
 De la raza y honor de su marido.
 Descubrir su pasado á la malicia,
 A la curiosidad ó á la codicia
 Europea, sandéz fuera notoria,
 Dar con la Inquisicion ó la justicia.
 ¿A qué de admiracion hacerse objetos?
 La fama trae disgustos muy prolijos:
 En vuestra alma están bien vuestros secretos.
 Dadme pues un placer; si teneis hijos,
 Dad al uno aunque sea una alqueria
 No mas con cuatro tierras, á las cuales
 Poned por nombre y en memoria mia
 Mi apellido paterno, que es ROSALES.
 Viniste entre ellos á la luz del dia:
 A tus hijos por mí pónsele, Rosa,
 Cual si apellido de su madre fuera:
 Y pues te consagré mi vida entera,
 Quede de mí en tu sangre alguna cosa,
 Viva en tí algo de mí cuando yo muera.

Hijos míos ¡adios! vivid y amaos.
 ¡En lágrimas la vista se me arrasa
 Al daros este adios! De mí acordaos
 Siempre como de un padre: mas que pena
 No os dé pensar lo que sin vos me pasa:
 Aun tengo un capital y en tierra amena
 Una tranquila y cómoda alquería,
 Donde esperar en paz mi último día
 Sin deber nada á la merced ajena.

Baron, puesto que sois por vuestra raza
 Antigua generoso y caballero,
 Daros satisfacción no me embaraza
 Por lo pasado: que olvidéis espero
 Mi conducta con vos. ¿Es necesario
 Que os la explique, baron? No es árdua empresa.
 Yo ví que vuestro humor atrabilario
 Y pertinaz carácter altanero
 Al consejo mejor no harian plaza,
 Y de hurtaros á Carlos me dí traza,
 Y de vos á alejarle me dí priesa.
 Su educacion me interesaba tanto
 Entonces, cual su dicha hoy me interesa;
 Pues por su genio y alma generosa
 Le juzgué digno del amor de Rosa.
 Yo os obligué irritandoos á mandarle
 A estrangero pais donde se hizo hombre:
 Y, escusadme y saberlo no os asombre,
 Baron, yo en nombre vuestro hice velarle
 Y nada le faltó; perdon si he errado:

Mas espero, baron, que al recobrarle,
 Ni os he su corazon enagenado,
 Ni le hallareis indigno de su nombre.
 Una palabra mas, baron. Un dia
 En que á verme vinísteis, arrastrado
 De mi bilioso humor creo que os dije
 Algo que haberos dicho no querria,
 Algo que ahora el corazon me affige,
 Porque me temo que la lengua mia
 Fué tal vez descortés, tal vez impía.
 Escuchadme, baron: yo me he criado
 Entre gente mas ruda y primitiva,
 Cuya sencilla raza ha conservado
 Corazon mas sincero y fé mas viva
 Que vuestra sociedad civilizada;
 La cual, su prez divinizando altiva
 Y sus laureles de la edad pasada,
 La esperiencia del siglo progresiva
 Y sus impulsos rechazando esquiva,
 Por teorías falsas descarriada,
 A sus viejos errores aferrada,
 Por la ley absoluta y abusiva
 De sus viejos gobiernos humillada,
 Por sus vicios sociales gangrenada
 Y á todas las reformas agresiva,
 Hoy bajo el nombre de derechos, de usos,
 De moral, de principios inconcusos,
 Y de razon de estado, en las naciones
 Diviniza tal vez supersticiones,
 Respeta infamias y establece abusos.

Baron, por lo que de ella llevo visto
 Mientras hice en Europa residencia,
 Temo que su saber y su existencia,
 De luz y error inconcebible misto,
 En su forma de ser, si no en su esencia,
 De la virtud difieren y la ciencia
 De la sencilla ley de Jesucristo.
 Su sociedad actual tiene verdades
 Y leyes de purísima justicia
 Y alta necesidad; mas que de edades
 Más atrasadas son, y ella las vicia
 Con la doblez y error que las inicia
 Para satisfacer necesidades
 Nuevas, y por su error ó su malicia
 En pró particular las beneficia.
 Y cuando una verdad, ya así viciada,
 Imponer á la tierra se propone
 Por ley, á sombra de la fé sagrada
 La ampara y á la tierra se la impone
 A la luz del cañon y de la espada.
 Mas Dios es uno: es una su creencia:
 Una son la verdad y la justicia:
 Cosas que, como solas en esencia,
 Puestas por Dios del hombre en la conciencia,
 Jamás pueden unir con la avaricia,
 Con la supersticion, con la injusticia
 Y con la fuerza bruta su existencia.
 Y todos los ejércitos del mundo,
 Y todos los sofistas de la tierra,
 No arrancarán con discusion ni guerra

La fé y la conviccion de lo profundo
 Del alma, donde Dios nos las encierra.
 El sofisma, el error, la fuerza armada
 Contra la conviccion, que el centro llena
 De nuestra alma inmortal, no pueden nada:
 Contra la fé por Cristo predicada
 Son humo de vapor, polvo de arena:
 Y la sangre en batallas derramada,
 La fé no purifica, la envenena:
 Cristo vino á sellar su ley sagrada
 Derramando la suya, no la agena.
 Mas ¿á qué traer aquí disertaciones
 Excéntricas, ni utopias peregrinas?
 En el olvido echad mis opiniones
 A la actual sociedad tal vez dañinas;
 Juzgadme nada mas por mis acciones,
 No me juzgueis, baron, por mis doctrinas.
 Porque tal vez soy yo quien está loco,
 Yo tal vez quien no entiende á Jesucristo:
 Y acatando su ley como la sola
 Buena, tal vez en la heregía toco
 Cuando en hacer del Evangelio insisto
 La única del mundo, á quien provooco
 De mi fé en el error... y me desola
 Tal duda el corazon desde que existo.

Como quiera que sea, me despido
 De vos aquí, baron; y á Dios le pido
 Que os haga muy feliz. Si es que se aferra
 Mi alma en el error, mientras decide

El tiempo si mi juicio acierta ó yerra,
 Cual mi cristiana caridad lo pide
 Pienso ir haciendo el bien sobre la tierra.
 ¡Adios! vuestro país no me conviene,
 Pues mi fé con la suya no se aviene.
 En vuestra sociedad la moral mia
 De ser no pasará una teoría,
 Que gérmenes de mal para ella encierra:
 La sociedad al fin me hará la guerra:
 Y, como yo colgada no la deje,
 La inquisicion me colgará algun dia:
 Si para convencerme de herejía
 No me quema en la plaza por hereje.
 Dios os libre, baron, de manos tales;
 Y pues que me debeis, con sus caudales,
 Que padre de una infanta os haya hecho,
 Guardad mientras vivais en vuestro pecho
 Buena memoria del doctor Rosales."

Fin de la historia de la primera Rosa.

CORRESPONDENCIA.

AL EXMO. SEÑOR

D. ANGEL SAAVEDRA,

Duque de Pinar